



# PINTURA EN SEGUIDILLAS NUEVAS A UNA DAMA.

**F**orme mi pluma rasgos,  
pues al mirarte,  
intenté, Fénix bella,  
el retratarte.

Y solo siento,  
el que decir no pueda  
lo que es mi intento.

Es tanta tu hermosura,  
hermosa prenda,  
que juzgo que en pintarla  
mucho te ofenda.

Porque contemplo,  
que todo quanto diga,  
será un desprecio.

Ofuscado el discurso,  
muda la lengua,

quedan al ver los rayos  
de tu belleza:

Que el diestro Apeles  
no pudo sombrearla  
con sus pinceles.

Vénus quiero pintarte,  
que este es mi anhelo,  
pero temo ofuscarme  
en tanto cielo.

Y así perdona,  
que el salir hoy vencido,  
es mi corona.

Si en Pandora juntaron  
con noble idea  
todas las perfecciones  
de la belleza:

En

En tí se admira  
con mucho mas realce  
toda ella unida.

En el piélagó undoso  
de tu hermosura  
la nave del discurso  
triste fluctúa:

Mas siendo norte  
tu cara, mas se engolfa,  
por ver tus soles.

Aunque mucho discurra,  
no podré ciego  
dibuxar ni aun la sombra  
de ese tu cielo.

Pero no obstante,  
paso con tu licencia  
à retratarte.

Pasmo de la belleza,  
perdon te pido;  
porque en decirte bella,  
nada te digo:

Pues tu belleza  
en loarla te hacen  
mayor ofensa.

Aunque mi pluma sea  
borron grosero,  
copiaré como pueda  
tu hermoso cielo:

Y ya contemplo  
tu licencia, y al punto  
con ella empiezo.

Empiezo por tu pelo,  
y en él registro  
un rubio, que es afrenta  
del oro fino.

Tal es de bueno,  
que creo sea oro,  
mas bien que pelo.

Calle Homero y su pluma,  
pues que no puede

explicar la hermosura  
que hay en tu frente.

Muda mi lengua  
queda, al ver los primores  
de su belleza.

Son tus cejas dos arcos  
tan peregrinos,  
que son de la hermosura  
el pasmo mismo:

No les excede  
en lo bello el del iris,  
ni en refulgente.

Arcos con que Cupido  
dispara flechas,  
y rinden sus harpones  
à quantos llegan:

Serán preciosos,  
y mas siendo dos arcos  
de tus dos ojos.

Son tus ojos dos soles,  
de tales brillos,  
que sus luces deslumbran  
las del sol mismo.

Son dos antorchas,  
tan hermosas, que creo  
no ha de haber otras.

Hebras son de azabache  
tus dos pestañas,  
que con ellas cautivas  
mi triste alma.

Y su hermosura  
toca mas al silencio,  
que no à la pluma.

En tus megillas hallo  
dos rosas bellas,  
que exceden à lo hermoso  
de la azucena.

Pues son claveles,  
que al verlos, ofuscado  
se quedó Apeles.

Tu

Tu nariz en extremo  
es tan hermosa,  
que pasa de lo bello  
á primorosa.

Qué hermosa nariz!  
que está causando envidia  
al hermoso ofir.

Tus labios encarnados  
solo ser pueden  
de Angel, pues semejantes  
no hay en mugeres.

Pues me parece,  
son de cristal, que sangre  
muy pura vierten.

De tus carrillos quise  
callar, mas quiero  
decir, son de la nieve  
el mismo centro.

Y en ellos hallo  
un encarnado hermoso  
filigranado.

Si reparo en tus dientes,  
juzgo que sean  
de aljófar ó de nácar  
la mas perfecta:

Que á regla forman  
un brillante empedrado  
de hermosa concha.

Tus encías parecen  
campo de grana,  
y los dientes son perlas,  
en él plantadas.

Si abres la boca,  
y la lengua descubres,  
qué mayor gloria!

Un capullo de rosa  
es tu barbita,  
que hasta la diosa Venus  
la tuvo envidia.

Tal es de bella,

que se aumentā, al mirarla,  
mi triste pena.

Quando mis ojos miran  
tu hermoso cuello,  
juzgan sea de nieve,  
ò cristal terso.

Es la coluna,  
que mantiene la torre  
de tu hermosura.

Son tus brazos dos lazos,  
en donde quedo  
preso con la esperanza  
de ser tu dueño.

Con tales brazos  
todo será sosiego,  
todo descanso.

Aunque no se descubré  
tu hermoso pecho,  
solo de ampos de nieve  
lo juzgo hecho:

Y aun si lo pienso,  
es cristal derretido  
del de tu cuello.

A apurar no me atrevo  
mas el asunto,  
pues temo en tu cintura  
quedar difunto:

Tal es de sutil,  
que comprime de forma,  
que temo morir.

Ofuscado el discurso,  
solo discurre,  
será perfecto quanto  
los trages cubren.

Narciso bello,  
en bosquexo así quede,  
pues pinto ciego.

Tus piernas las contemplo  
firmes colunas,  
cuyas basas sostienen

tu arquitectura.

Y su materia  
creo sea alabastro,  
ò madreperla.

Son tus pies tan pequeños,  
que yo me admiro,  
còmo puedan llevarte,  
hermoso hechizo.

Pues quando andas,  
llevas un menudeo,  
que hechiza el alma.

Hasta aquí, vida mia,  
pudo mi lengua  
explicarte la sombra  
de tu belleza.

Pues tu hermosura  
no hay lengua que la explique,  
ni diestra pluma.

Si acaso te he ofendido  
en retratarte,  
perdona, que es disculpa  
el ser tu amante.

Pues mi deseo  
es solo, porque veas  
lo que te quiero.

Perdona, fénix bella,  
si te he ofendido,  
porque de un ciego amante  
borron ha sido.

De lo pintado  
perdon te pido humilde,  
hechizo amado.

Te quiero y siempre quiero  
rendido amante,  
siempre estarte adorando,  
para adorarte.

Ay dulce encanto!

F

tendrá fin así el fuego,  
donde me abraso.

Tanto es lo que te quiero,  
que no quisiera,  
que alguno te mirara,  
aunque te viera.

Porque al mirarte  
se seguirá sin duda  
el adorarte.

Una cosa, señora,  
pedirte quiero,  
si has de dar el alivio  
à mi tormento.

Duélete afable  
de los tristes suspiros  
de un firme amante.

Bien sé yo, dueño mío,  
de que me quieres,  
y aunque lo disimules,  
no me lo niegues,

Qué dulce gloria  
es tratarse dos almas  
sin ceremonia!

Aquí da fin mi pluma,  
mas no mi lengua  
cesará de alabarte,  
querida prenda.

Pues sola eres  
el ídolo hechicero  
de mis quèrereres.

A Dios, serafin bello,  
cielo estrellado,  
antorcha refulgente,  
y ángel humano.

A Dios, hermosa,  
à Dios, prenda del alma,  
à Dios, paloma.

N.